

Testimonio sobre Gabriela Mistral

Radomiro Tomić R. 1914-
ex Senador y ex Embajador en Washington

En 1952, me escribió Gabriela Mistral desde los Estados Unidos, pidiéndome que escribiera como obispo de la Filarmonía Nacional, de la cual acababa ya de ser nombrado presidente. Desde entonces y hasta su muerte, la insigne chilena que recibió de Dios el privilegio de ser amada por su pueblo, que se miraba en ella y la transfiguraba en el símbolo de su unidad, se sintió identificada con la Filarmonía Nacional; o mejor aún, más allá de las palabras que dan nombre a los partidos políticos, con la vibrante ansiedad patriótica de la joven generación chilena de profundizar en los valores cristianos para abrir un nuevo horizonte histórico para Chile y, en su hora, para América Latina.

Porque sabíamos que Gabriela Mistral pertenecía a todos los chilenos, la Filarmonía Nacional rechazó siempre toda utilización neopopular de su noble compromiso con nuestros ideales. Fue establecido con su amistad. El "Testimonio" que sigue recoge un profuso de vivencias personales iluminadas por su recuerdo.

¿Qué puedo yo transmitir de lo que alcancé a saber de esta chilena colosal a lo largo de mi vida durante los 10 años en que tuve el privilegio de sentirme amigo suyo?

Azares y circunstancias me permitieron aproximarme a esta mujer solitaria y solitaria; "montaña de piedra", de piedra noble y duradera por su autenticidad primigenia; canteira indispensable para la identidad cultural del pueblo chileno.

Repaso las vivencias que me ligaron a ella: un relámpago de infancia y otro de juventud. Un muro de casi doscientas cartas suyas. Y tres estampas imperocedidas: la del "círculo mágico" de su conversación; la de su "entrada triunfal en Jerusalén, que es como quiero llamar su regreso a Chile en 1954; y la del inicio de su "alba de oro", según el verso de Darío, con su muerte y funeral, en 1957.

El recuerdo de infancia. Lo menciono porque revela de cuán lejos venía la curiosa identificación del Chile profundo y anónimo con esta mujer singular. 1923, Antofagasta. Tengo 8 años de edad. Desde la ventana de mi casa se divisa el mar y algunos barcos. A saúdo de nada oigo decir a mi madre: "En uno de esos buques viaja una profesora chilena que se llama Gabriela Mistral, invitada por México. Usted no sabe quién es, pero cuando crezca..." etc. Aunque efectivamente a esa edad el nombre de Gabriela Mistral no me significaba nada, tiene que haber habido en las

palabras, en el acento de mi madre, una vibración tan intensa como para que la escena me quedara grabada para siempre.

El deslumbramiento juvenil. 1938, Iquique. Tengo 23 años y soy director del diario regional. El barco en que viajaba Gabriela recaló por un día en Iquique para cargar salitre. Venía aureolada por diversos festejos de que había sido objeto en Santiago, y tanto las autoridades locales como el magisterio iquiqueño programaron sendos homenajes. Por la escasez de tiempo se convino en dos actos: un almuerzo de autoridades y "notables" presidido por el Intendente, el Alcalde, el Presidente de la Corte de Apelaciones, el Obispo, el Comandante de la Guarnición y otros "etcétera" hasta completar alrededor de 30 comensales en el "Chalet Suizo", restorán situado en la playa Cavanha; almuerzo que sería seguido inmediatamente después por una concentración de maestros y escolares primarios en la misma playa, colindante con el restorán. El almuerzo sería a la una y la reunión con el magisterio y los niños, a las dos y media. ¡Pero pasó lo que tenía que pasar! La "hora chilena" para llegar, el ritual de las presentaciones, las varias ruedas de cocktails y bocadillos hizo que nos sentáramos a la mesa, no a la una, sino bastante después de las dos de la tarde, hora en que ya estaban en la playa centenares de niños formados y encuadrados por sus maestros.

Nosotros, bajo una terraza techada; ellos, a pleno sol. Desde mi asiento veía a Gabriela. Su cortada inicial iba siendo sustituida por una creciente y voraz impaciente. Miraba a los niños, distantes unos cien metros, y miraba, una y otra vez, su reloj. Ya no sonreía. De pronto, mientras nos servían la sopa, la vi volverse hacia el Intendente y decirle algunas palabras. Luego, se puso de pie. Se hizo el silencio: "Les agradezco —nos dijo— haber querido reunirse conmigo. Pero los niños esperan al sol desde hace mucho rato. Les pido disculpas. Gracias de nuevo". ¡Y se marchó! Recuperados del desconcierto, casi todos los "notables" reaccionaron furiosamente. Pero algunos quedamos deslumbrados ante la tremenda autenticidad de esta mujer y su indiferencia total por el daño cierto que su actitud le acarrearía en los círculos representativos. Así era ella. Cuento esta anécdota baladí porque la retrata de cuerpo entero. ¡Así era ella! Lo que importa, como síntesis, es que me sentí orgulloso de que fuese chilena y de serlo yo; como si lo que ella acababa de hacer con tanta autenticidad, me "vistiera" también a mí, así como

Con el Rey de Suecia: el momento de gloria



Testimonio sobre Gabriela Mistral [artículo] Radomiro Tomic R.

Libros y documentos

AUTORÍA

Tomic, Radomiro, 1914-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Testimonio sobre Gabriela Mistral [artículo] Radomiro Tomic R. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile